

La muerte necesita ser pensada

Death needs to be thought

Sergio Micco Aguayo

^aAbogado, Master en Ciencia Política y Doctor en Filosofía. Profesor del Instituto de Asuntos Públicos de la Universidad de Chile.

Recibido el 10 de abril de 2018; aceptado el 2 de mayo de 2018

En el trance del morir del paciente el pediatra sabe que se encuentra no sólo frente a una experiencia humana decisiva, sino que ante un deber propiamente médico que dice relación con atender el dolor del niño que agoniza, el de sus familiares, del equipo que dirige y del suyo propio. En este momento se toma radicalmente conciencia que no se trata sólo de cuidar cuerpos, sino que también almas. El médico siempre tiene una posición o concepto personal ante la muerte. “Esta no es otra que su posición ante la vida y su significado trascendente, lo cual incluye tanto lo biológico como lo afectivo y lo sobrenatural. Es una importante obligación personal de cada pediatra tener y perfeccionar continuamente la propia posición filosófica y/o religiosa ante la vida y ante la muerte”¹.

El deber de acompañar a quien ha sufrido el dolor de la muerte de su hijo no es cosa fácil de asumir en nuestra sociedad. De esto, de lo que no se habla, queremos hablar.

Philippe Ariès atraviesa la historia de Occidente mirándola con los ojos de la muerte. Esta, antaño tan presente y familiar, hoy por hoy, está prohibida por vergonzosa, desagradable y casi pornográfica^{2,3}. Ella es lo opuesto a la vida pues le pone fin. Luego, pensar en la muerte paraliza. El mismo duelo, manifestación personal y social del dolor, se acorta o derechamente se elude. Al moribundo se le recluye en el hospital, ya no en las casas. Muchas veces se les atormenta con tratamientos que batallan inútilmente contra lo inevitable. El agónico ya no preside solemnemente su muerte pues

es dirigida en privado por equipos médicos y familiares más directos. Por otra parte, el extraordinario avance de la ciencia médica, desde de la unidad de neonatología hasta la de cuidados intensivos, somete a la tentación de no limitar el esfuerzo terapéutico, pues cada vez más podemos postergar el momento de la muerte. Han aumentado tanto las posibilidades de salvar la vida que muchas veces queremos creer que la muerte se produjo porque el remedio o tratamiento “no llegaron a tiempo”. Anestesiemos al moribundo y le decimos “mentiras piadosas”. Convertimos a los cadáveres en objetos y los sacamos “por la puerta trasera” de hospitales y sanatorios para que nadie los vea. El funeral y el entierro devienen en parte de un lucrativo negocio. Nuestros cementerios se convierten en verdaderos parques. Pero todo es en vano. Albert Camus lo dice a través de un sereno Calígula, quien proclama “una verdad muy simple y un poco tonta, pero difícil de descubrir y pesada de llevar: –los hombres mueren y no son felices–”⁴. Inútil es evitar pensar en la muerte; por el contrario, mirarla de frente es condición *sine qua non* para darle sentido a nuestra vida.

José Luis Aranguren reflexiona que la muerte puede ser una invitación existencial para discernir si nuestra vida es auténtica y abierta a lo trascendente. *Memento mori*: acuérdate que vas a morir. Más concretamente el inexorable fin de nuestras vidas es un emplazamiento ético. El saber que vamos a morir, pero no cuándo lo haremos, se transforma en un verdadero plazo fatal. En efecto, nuestros días están con-

Correspondencia:
Sergio Micco Aguayo
sergio.micco@iap.uchile.cl

tados y mientras sigamos viviendo, la vida se nos viene encima como la posibilidad siempre abierta de posesionarnos de las oportunidades que ella nos da. Cada día es definitorio de lo que hagamos y dejemos de hacer. Definitorio, pero no definitivo, pues sólo la muerte es definitiva, terminadora y terminante. Sólo en la “hora de nuestra muerte” queda decidido qué tipo de vida y felicidad escogimos. Sólo en ese momento el ser humano es plenamente y para siempre lo que ha querido ser y hacer de su felicidad, que ya es irreformable. Sólo ahí sabremos si somos felices y si merecemos el apelativo de sabio o santo (Aristóteles, Ética a Nicómaco 10). La muerte como emplazamiento ético nos dice que “el hombre queda unido para siempre a aquello a lo que estaba atado al morir”⁵. ¿Qué queremos contemplar, al final de la vida, al volver la vista atrás y hacer el balance de la propia e irrepetible existencia?

Las respuestas ante el enigma de la muerte

La condición humana nos ofrece múltiples caminos para darle sentido a la vida más allá de la muerte; vida que se immortaliza. Para algunos, teniendo hijos o cuidando niños; para otros, produciendo un mundo que los sobrevivirá; para otros siendo merecedores del recuerdo agradecido de la comunidad a la que se sirvió y para no pocos en la trascendencia que ofrece la religión en un mundo que habitarán más allá de la muerte.

En la natalidad nos immortalizamos como madres y padres, naturales o adoptivos. El sueño de Abraham, Isaac y Jacob es morir en la tierra prometida cargados de años, sabiduría y acompañados de una descendencia más extensa que las estrellas del cielo y las arenas del mar. Por eso Gabriela Mistral consideraba sagrada la maternidad por la vida que engendraba y la trascendencia que ofrecía. El niño como regalo de Dios. Para Emmanuel Lévinas, en el París ocupado por los nazis, da una conferencia y declara que cada ser humano es un ser-para-más-allá-de-la-muerte. Ser padre es algo misterioso, pues el hijo es radicalmente otro, pero es también, de alguna manera, uno mismo en la forma del padre o madre. Esto es algo más allá de lo posible, como si el ser, en la fecundidad y a partir de las oportunidades de los hijos, sobrepasase toda posibilidad de los padres finitos y limitados. Nuestros hijos no son un producto que hemos fabricado, ni siquiera una bella y trabajosa obra de arte que hemos creado. No somos causa ni propietarios de ellos. Es más, nosotros somos parte de nuestros descendientes. De cierta forma, en nuestros hijos escapamos de la muerte, viviendo en ellos más allá de nuestro deceso; en los genes que les hemos heredado y, más hermosamente aún, en la cultura que les hemos transmitido. En suma “El amor nos salva y redime, dando a luz otro ser”⁶.

En la creación y recreación del mundo también po-

demos rozar la inmortalidad. Al nacer ingresamos a un mundo que nos antecede y que nos sobrevivirá. Es un mundo de objetos como ciudades y aldeas, colegios y hospitales, libros, esculturas y pinturas, plazas, calles y avenidas. Pero también es una trama de relaciones interpersonales que unen a padres, madres e hijos, profesores y alumnos, médicos y pacientes, enfermeras y cuidadores, amantes y amados, amigas y enemigos, naciones e imperios, religiones y culturas. A todo eso llamamos mundo. En cuanto mundano el ser humano puede realizar acciones y construir cosas que lo hagan vencer a su propia muerte. Todos somos artesanos en este mundo y algunos pueden alcanzar a ser artistas. Este es quien quiere que su obra perdure y, lográndolo, alcanzan una inmortalidad plenaria. Miguel Ángel se hace inmortal ante un pueblo florentino que admira su David, expresión de la dignidad de una república que había sido vergonzosamente derrotada. Miguel de Cervantes se funde con Don Quijote de la Mancha y Sancho Panza al punto de no saber dónde empieza el uno y termina el otro. Y así entran, los tres, al mundo de las obras de arte inmortales. Leonardo Da Vinci dijo que la belleza perece en la vida, pero la obra de arte no. Es la inmortalidad.

El ciudadano generoso, al igual que padres y trabajadores, se immortaliza en el recuerdo agradecido de su comunidad a la cual sirvió. Teniendo en mente a Hannah Arendt tengamos presente que para los antiguos había también una respuesta republicana a la muerte. En efecto, tanto para los griegos como para los romanos la fundación de un cuerpo político era ocasionada por la necesidad del hombre de superar la mortalidad y la futilidad de sus gestas. Fuera del cuerpo político, la vida del hombre no era sólo insegura, esto es, expuesta a la violencia de los otros; sino que tampoco tenía sentido ni dignidad debido al hecho de que en ninguna circunstancia podía dejar rastro alguno tras de sí. ¿Qué sería del recuerdo sin museos, bibliotecas, estatuas, memoriales, libros de historia, biografías y autobiografías que sólo la polis puede preservar? Para Cicerón, la virtud humana podía recorrer los caminos de los dioses sólo por medio de la construcción y conservación de la ciudad, de la comunidad política⁷. Los nombres de las calles y plazas, los monumentos y archivos proclaman la inmortalidad del gran ciudadano y ciudadana. Ahí están los edificios que recuerdan, más allá de sus muertes, a los doctores Roberto del Río, Exequiel González Cortés, Luis Calvo Mackenna, Guillermo Grant Benavente o Carlos Van Buren.

Las creencias, aquellas que religan al ser humano con Dios, también nos ayudan a rozar la eternidad. Sócrates cree que sólo hay sueño si hay vigilia. Si no existiese la vigilia, la vida sería sueño. Si no conociéramos qué es el día no sabríamos lo que es la noche. Del mismo modo, si hay vida es porque hay muerte y una nace de la otra. De la muerte, por ende, nace la vida.

Tras la muerte hay un regreso a la vida; los vivos nacen de los muertos; las almas de los muertos existen y las almas buenas libran bien y las malas mal (*Fedón*, V). Cicerón, a través de Catón el viejo, afirma que, viendo la increíble creatividad del ser humano, que “no puede ser mortal esa naturaleza que tales cosas contiene” (*Senectute*, XXI). Catón juzga que no ha vivido en balde y que sale de la vida como quien se retira de una posada de turbulencia y confusión, partiendo al hogar definitivo. Es el momento, en verdad maravilloso, en que se reunirá divinamente con las almas de sus amigos e incluso de su hijo muerto antes que él.

El pediatra, en una cultura judeocristiana, muchas veces se encuentra ante el dolor descarnado de los padres que han visto morir a su hijo que recién empezaba a vivir. Hasta donde yo entiendo, la experiencia del médico tiende más bien a demostrar que las palabras de consuelo pueden ser vanas, incluso provocadoras de ira en quien quiere su hijo al lado suyo, no de Dios. Sin embargo, la paradoja es que el cristianismo enseña que tras el fallecer hay otra vida, un nuevo cielo y una nueva tierra. Luc Ferry, filósofo que no cree en la divinidad, reflexiona la fuerza de esta creencia en la existencia de un paraíso para los niños y en la resurrección de la carne⁸. Para eso recurre a dos testimonios de intelectuales ateos. Jacques Derrida, mientras era consumido por un cáncer, reconoció con valentía que no había adquirido nada del saber morir pues aún no había aceptado la muerte sin resurrección, salvación o redención. Cuando a Francois Furet, le preguntaron qué le gustaría que le dijera Dios si un día se lo encontrara, no dudo en responder: “¡Entra, corre, tus seres queridos te esperan!”⁹. Ferry, sin embargo, recuerda con verdad, que la respuesta religiosa a la pregunta por la muerte supone la fe, una confianza inquebrantable, que no todos poseen ni a todos persuade¹⁰.

Una vida bien vivida

Es reconfortante creer que la mejor respuesta a la muerte es una vida bien vivida. Quizás es el pasado, no el presente ni el futuro como solemos creer, la forma eminente del ser, la suprema y soberana. ¿Por qué? Porque vivido es absolutamente nuestro, ya nadie nos lo puede arrebatar. El pasado puede ser una galería de hermosos rostros y un museo de bellos recuerdos. Y también de dolorosas pruebas superadas. Para fundar estas afirmaciones propongo leer la siguiente experiencia del psiquiatra Viktor Frankl. Este nos recuerda el último diálogo que sostuvo con una anciana de ochenta años agobiada por un cáncer terminal. Deprimida, pensaba que todo se acababa y que nada quedaría. Pero ante la pregunta formulada por su doctor respecto de si alguien podía quitarle los momentos felices vividos, borrándolos, contestó¹¹:

- “Tiene usted razón señor profesor, nadie puede deshacer lo hecho”.

El Dr. Frankl le afirmó que nadie podía borrar la bondad que había encontrado en su vida, los esfuerzos que había realizado, ni los sufrimientos que había vencido.

- “Tiene razón, nadie puede destruir eso”.

Frankl insistió:

- “¿Cree usted que alguien puede quitarle ahora todas esas victorias que ha ganado? (...) Luego eso queda ¿No es así?”.

Ella, muy segura, respondió:

- “No, nadie puede. ¡Claro que queda!”.

Ante esta afirmación el psiquiatra remachó:

- “Señora Kotek: su vida es un monumento, ¡un monumento que ningún hombre en el mundo puede destruir!”.

La viejecita murió una semana después, repleta de años, orgullosa y llena de fe. Sus últimas palabras, registradas en su historial clínico, fueron las siguientes:

- “Mi vida es un monumento, ha dicho el profesor a los estudiantes en clase. Así es que mi vida no ha sido inútil”.

Lo vivido no puede ya ser arrebatado por la muerte.

¿Qué vida realizada queremos contemplar, al levantar por última vez nuestra mirada, en el momento supremo? Es sólo al morir cuando podemos alabar como feliz la vida de un ser humano¹². Por eso el joven es bello, pero el viejo es grande¹³. Este balance final nos debería guiar día a día. Si el joven quiere formar una familia y morir cariñosamente rodeado por ellos, que se ponga hoy en marcha. Si el pediatra quiere hacer de su vida cuidado del enfermo, que hoy realice su mejor esfuerzo. Si el político quiere morir en un país más justo y libre, que no se quede dormido sin haber realizado un acto meritorio cada día. Si el creyente quiere alcanzar la eternidad que hoy mismo lea, medite, ore y, por sobre todo, sirva a su Dios en la persona de los abandonados de la Tierra.

Quisiera pensar que estas respuestas a la pregunta por el sentido de la muerte, por insuficientes que sean, puedan servir de motivo para meditar acerca del fin de la existencia, la propia y la ajena. Sin embargo, todas ellas, salvo la religiosa, quedan mudas ante la muerte que arranca de cuajo la vida de un niño que recién empezaba a germinar. Vida infantil truncada, incompleta, talada. Es el mal irreductible del que también debemos pensar.

Conflicto de intereses

El autor declara no tener conflicto de intereses.

Referencias

1. Beca JP. El pediatra ante la muerte del paciente. Calvo Mackenna. *Medicia y Cirugía del Niño* 1992; 1 (2): 65-7. P.65
2. Nos basamos en: Aranguren JL (1993). *Ética*. Madrid: Alianza Editorial. pp. 298 y ss.
3. Ver: Ariés, P. (2008) *Morir en Occidente*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora, pp. 72-86.
4. Camus A. (1991) *Calígula*. En: Camus, A. *Obras Escogidas*. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello. P. 402.
5. Aranguren JL. (1993) *Ética*. Opcit. pp. 307-308.
6. Lévinas E. (1993). *El Tiempo y el Otro*. Barcelona: Paidós. pp. 134 y ss.
7. Arendt H. (1995). *De la historia a la acción*. Barcelona: Paidós. pp. 54-55.
8. Ferry L, Jephgnon L. (2013). *La tentación del cristianismo*. Barcelona: Planeta. pp. 86-7.
9. Ferry L. *Aprender a vivir*. Buenos Aires: Taurus. Ferry, 2007. p.307.
10. *Ibidem*, p. 210.
11. Frankl V. (1991). *La Presencia Ignorada de Dios*. Barcelona: Herder. pp. 114-7.
12. Spaemann R. (1991) *Felicidad y benevolencia*. Madrid: Rialp. p. 81.
13. Guitton J. (1997). *Mi testamento filosófico*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana. p. 38.